

***SESIÓN EN RECUERDO DEL
M. I. SR. D. JOSÉ ENRIQUE AYARRA JARNE***

Palabras de la presidenta

M. I. Sres. D. Manuel y D. José Luis Peinado, Canónigos de la Catedral de Sevilla

Excmo. Sr. D. Francisco Javier López Cillero, General Subdirector de Enseñanza.

Ilmo. Sr. D. Luis Manuel Halcón y Guardiola, Marqués de Villafranca del Pítamo, Diputado de Plaza de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla.

Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos,

D^a Anabel Morillo, Directora de la Fundación Focus,

Querida familia del M.I. Sr. D. José Enrique Ayarra Jarne

Sras. y Sres.:

Esta Real Academia celebra en el día de hoy Sesión Pública en memoria y recuerdo de nuestro Académico Numerario, M.I. Sr. D. José Enrique Ayarra Jarne, Canónigo y Organista Titular de la S.I. Catedral de Sevilla y del Hospital de los Venerables.

Mecenas del arte, artista, de los mejores organistas de Europa, un gran sacerdote, un gran amigo, y una gran persona.

Por eso esta sesión en su memoria, no sólo es de la presidencia hacia un académico, sino algo más, que me sale del corazón.

En el P. Ayarra se unía una gran inteligencia, una gran bondad, agudeza, humildad y dos cosas fundamentales que le hacía ser una gran persona:

Sesión académica pública y solemne celebrada el 29 de enero de 2019 en el salón Carlos III de la Casa de los Pinelo.

la fidelidad y la verdad.

Siempre encontré en él un respaldo y un apoyo cuando entré de Presidenta en esta Real Institución, donde necesitaba un guía para ver mejor el camino que tenía que recorrer.

Eran sus consejos, era ese caminar, en el que cuando venían las dificultades siempre nos tendía su mano y fue hasta el final un Académico asiduo. Y ya enfermo seguía asistiendo mientras sus fuerzas se lo permitieron.

Es por todo esto, que quiso dejar a la Academia su recuerdo más querido: “La Dame de L’Icorne”, bordado por su madre, que se puede contemplar en la sala de arte contemporáneo.

Solamente se muere en el olvido. Hay personas que viven y que están muertas porque nadie las recuerda y hay otras que mueren y siempre vivirán. Este es el caso del P. Ayarra que vivirá siempre entre nosotros y desde el cielo nos seguirá ayudando con sus sabios consejos para la mejor gloria de esta Academia. Es por todo ello, por lo que considero un gran regalo el haber tenido a este gran artista, que ha sido un gran tesoro para Sevilla y gran orgullo para España.

A continuación tendrán lugar las siguientes intervenciones:

- Lectura de las Manifestaciones del P. Ayarra en la introducción de su testamento, por el Secretario General, Ilmo. Sr. Fernández Gómez
- Intervención del Académico Numerario Ilmo. Sr. Otero Nieto, Presidente de la Sección de Música, sobre “El P. Ayarra, artífice del renacimiento del órgano en Sevilla”
- Actuación del Quinteto Casiopea (Conservatorio Superior de Música “Manuel Castillo”), que interpretará el segundo movimiento: Adagio, del Quinteto en Do Mayor D956 (op. Post. 163), de Franz Schubert
- Panegírico del P. Ayarra: “Profesor, concertista, sacerdote, compañero y amigo”, por el Académico Numerario, Ilmo. Sr. D. Juan Rodríguez Romero

Para clausurar esta Sesión: Recital de guitarra de la Académica Numeraria, Ilma. Sra. María Esther Guzmán, que interpretará la obra “Suite VI BWV1012”, de J. S. Bach.

Nuestro agradecimiento para todos y para los Canónigos Eméritos de la S.I. Catedral de Sevilla, M. I. Sres. D. Manuel y D. José Luis Peinado, que acaban de officiar la misa por el alma de José Enrique Ayarra.

Simplemente, muchas gracias.

***MANIFESTACIONES DEL P. AYARRA EN LA
INTRODUCCIÓN DE SU TESTAMENTO
Fernando Fernández Gómez***

Excma. Sra. Presidenta
Excmos. e Ilmos. Sres. Académicos
Queridos familiares del P. Ayarra y amigos todos.

En sus disposiciones testamentarias, el P. Ayarra donó a esta Real Academia el cuadro a que se ha referido en sus palabras la Sra. Presidenta. Se trata de un cuadro bordado a mano por su madre con hilo de seda y que él siempre había tenido a la vista colgado en su casa, en lugar destacado. Reproduce a pequeña escala, pero con una gran precisión y sentido artístico, uno de los tapices del conjunto de la leyenda medieval de la Dama y el unicornio, que se guarda en el Museo de Antigüedades Cluny, de París, y recoge simbolizados con distintas escenas alusiones a los cinco sentidos humanos, más un sexto tapiz cuyo significado se discute. El reproducido por la madre de nuestro querido compañero, con la Dama tocando un órgano portátil, es el que hace referencia al oído, aludiendo sin duda a la portentosa capacidad de su hijo José Enrique para la música. La Academia tuvo con motivo de la donación acceso al testamento correspondiente, la lectura de cuyas primeras páginas, el día de su apertura, nos causó una profunda impresión, pues en ellas el P. Ayarra hace unas manifestaciones de última voluntad, de las que, con permiso de la familia, hemos querido hacer partícipes a todos ustedes, pues nos ayudarán a conocerlo más íntima y profundamente. En ellas, con la sola omisión de los nombres personales que no venían al caso, nos dice literalmente:

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, Amén.

Por el presente escrito, y en pleno uso de mis facultades intelectuales, quiero hacer constar mis sentimientos y mi última voluntad en el momento en que el Señor disponga de mi vida y me llame a su presencia.

Soy cristiano por la gracia de Dios, y quiero mantenerme siempre fiel a la fe en Jesucristo que ha conducido toda mi vida.

Agradezco a Dios ese don inigualable, y a mis padres el haberlo cuidado y alimentado con el ejemplo de sus vidas.

Soy sacerdote, a pesar de todas mis debilidades e ingratitudes para con el Señor que me eligió para Él y su causa, la Iglesia.

Debilidades y pecados de los que, arrepentido sinceramente, le pido perdón con dolor; solo tengo motivos de gozo y de agradecimiento hacia Él, porque siempre le he tenido muy cerca de mí, se puso en mis manos eucarísticamente todos los días de mi existencia sacerdotal, y ha hecho sentirme inmensamente feliz en su servicio, sin haber conocido nunca la más leve crisis vocacional.

Soy músico y agradezco profundamente al Señor el haberme concedido la sensibilidad necesaria para disfrutar de ese arte que, indivisiblemente unido al sacerdocio, ha marcado toda mi vida. Espero que la misericordia del Señor perdone mi vanidad en el ejercicio de la música, que yo siempre pretendí que fuese para Su gloria.

A lo largo de mi vida, que me ha sido dado disfrutarla en grado excepcional, sin mérito alguno por mi parte, he contado también con la ayuda inestimable de muchas personas, familiares y amigos, profesores y compañeros..., a las que quiero agradecer sus buenos ejemplos o su apoyo, sus correcciones o su preocupación, y siempre con cariño, pedirles perdón por todo cuanto yo les haya podido ofender por acción u omisión, mi desidia o ignorancia, mi ingratitud u olvido.

Entre esas personas, además de mis padres, que, entregados en cuerpo y alma a sus cinco hijos, me enseñaron a ser hombre y ser cristiano, y posibilitaron, no sin esfuerzo, que yo me formara en los mejores centros para ser sacerdote y músico, ocupan un lugar especial mis hermanos y sus familias, que siempre me arroparon con su cariño y su entrega, consiguiendo que la aparente soledad que me dejó la muerte de mi madre nunca fuera para mi motivo de depresión o de tristeza, ni siquiera un problema serio.

También otras personas, sacerdotes... o seglares..., que han sido, por su ejemplaridad y hombría de bien, puntos de referencia en determi-

nados aspectos de mi personalidad y en diferentes momentos de mi vida.

Pero sobre todo es de justicia recordar a Su Ema. el Sr. Cardenal don José María Bueno Monreal, quien desde que yo era niño siguió mis pasos hasta su muerte, se preocupó de mi formación eclesiástica y musical, me honró con su amistad y un afecto singular, me aconsejó, vigiló, corrigió y orientó como un verdadero padre, y ha constituido para mí el ejemplo más completo de sacerdote de Jesucristo en el que me he mirado en muchas ocasiones.

Para todos ellos mi reconocimiento y mi agradecimiento, con el deseo y la esperanza de que el Señor les haya premiado, o les premie, con largueza sus buenos ejemplos y sus desvelos por mi vida.

Recibí de la Iglesia la fe cristiana y el sacerdocio, y a ella decidí entregar mi ser y mi actividad. Nunca quise aprovecharme de ella buscando prebendas o altas remuneraciones económicas. Y si hoy dispongo de unos bienes materiales y crematísticos, de cuyo destino quiero manifestar aquí mi última voluntad, son fundamentalmente el fruto de mi actividad concertística, puesto que los emolumentos como organista catedralicio los he venido destinando a la caridad, y ha sido mi cátedra de órgano en el Conservatorio de Música y más tarde la jubilación correspondiente, las que han cubierto habitualmente los gastos ordinarios de mi subsistencia.

Solo me queda manifestar mi deseo de... ser enterrado en Jaca, junto a mi familia..."

Y hasta aquí esas manifestaciones testamentarias, propias de un sacerdote ejemplar, entregado por completo a su vocación, de cuya compañía gozamos en esta Academia durante casi cuarenta años, y cuyas dotes musicales, de las que todos disfrutamos hasta el final de sus días, quiso poner siempre al servicio de los demás por medio de la Iglesia. Para nosotros las sonoras notas del órgano de la catedral y de la iglesia de Los Venerables estarán siempre unidas al nombre de José Enrique Ayarra, aunque él no esté ya entre nosotros.

Descanse en paz.

Muchas gracias.

***EL P. AYARRA ARTÍFICE DEL RENACIMIENTO DE LA
MÚSICA DE ÓRGANO EN SEVILLA***

por D. Ignacio Otero Nieto

Entre los abundantes frutos con que el pontificado del Cardenal Bueno Monreal regaló a su diócesis hispalense no fue el menor haber traído a la Catedral al entonces joven organista Don Enrique Ayarra, que había de llevar a cabo una gran labor en el campo de los órganos litúrgicos que yacían en el mayor de los olvidos a pesar de su espléndido pasado en el que las iglesias de nuestra ciudad estaban enriquecidas con magníficos y hermosos ejemplares del llamado órgano barroco español que, en los siglos XIX y XX, a consecuencia de la desamortización, de la quema de templos y de la pobreza material en la que éstos fueron cayendo motivó su descuido, hasta el punto de no saber qué hacer con ellos, si no fuera asistir resignadamente al continuo e irreparable deterioro que el paso del tiempo, las revoluciones, guerras y no pocas veces la desidia e ignorancia habían obrado sobre estas magníficas muestras.

Como digo, raros eran la iglesia y el convento que no contaba con algunos de estos instrumentos, a veces de cierta envergadura y riqueza sonora como el de la parroquia de El Divino Salvador, los dos de la también Parroquia de la Magdalena, el del Sagrario de la Catedral, el del Convento Casa Grande de San Francisco, es más, hasta se ha dado el caso, que quien visitara el Monasterio de San Jerónimo de Buenavista podía contemplar un órgano español cuyos tubos parecían no estar acordados en su disposición y que dudo mucho que llegaran a sonar desde hace no sé cuándo, si es que lo hiciera alguna vez.

En el pasado siglo XX el órgano quedó reducido a los actos litúrgicos que tenían lugar en la catedral y en algún convento que acertara a tener en su comunidad un organista capacitado como ocurriera en la misa de una de la tarde del convento del Santo Ángel, (vulgo del Ángel), situación que decae, y

de qué manera, hasta agravarse a partir de los años cuarenta para desembocar en la más calamitosa de las situaciones., en las que, lo mismo que ocurre hoy, hubo veces, y no pocas, en que hubiera sido preferible ” perdonar el bollo por el coscorrón”, es decir, que había actos litúrgicos que más hubieran ganado si se hubieran celebrado sin música porque. a veces, esta era interpretada por personas de poca, mala, incluso desagradable voz, y como también había algún organista que ignoraba la solfa, lo que le obligaba a hacer su trabajo de la manera que Dios le daba a entender.

Tal vez por esa causa la misa cantada fue perdiendo peso, en particular la de Difuntos que ha llegado a desaparecer, con lo que todos hemos ganado en el aspecto interpretativo, lo mismo que los grandes y generosos ofertorios a cargo del órgano, así como la llamada misa armonizada, muy extendida por todo el orbe católico, para la que existían miles y miles de partituras hasta llegar a los últimos lustros en los que ha ocurrido un fenómeno bien extraño: mientras la música profana ha subido como la espuma, barriendo y contagiando el gusto popular, en cambio, la religiosa sigue el camino tomado en los siglos XVIII y XIX en los que se sintió contagiada por el estilo operístico italiano, pero en sentido inverso, pues bajó en proporción directa a entroncarse con la profana, que en la actualidad -, merced a un error de comprensión que propicia la pérdida de espiritualidad que ello lleva consigo -, en nuestros días cabe todo, como alguna que otra frase sincopada, especialmente en los finales de estas -, que maldito el papel que juegan entre nosotros- , cuando no se elaboran cantos con más de una de estas fórmulas rítmicas tan extrañas a la estética que, con sus lógicas variantes, ha sido la que ha informado, hasta ahora, lo producido en nuestro hemisferio.

Aunque empleo el término organista, como digo, no lo eran ni por asomo, o éstos brillaban por su ausencia, porque la penuria que en estos años perseguía a la iglesia ¿Y cuando no? esta penuria, repito, y la desidia motivaron que fueran pocos los órganos de esta naturaleza que estaban en condiciones de ser utilizados, en no pocas ocasiones por manos inexpertas que, a veces, llegaban hasta a ignorar la singularidad del instrumento que tenían a su disposición. Pero esta pobreza propició el empleo, a veces, y el auge del armonio o melodio como también se denominaba, necesario sustituto del órgano, que debido a su coste económico si lo comparamos con éste, hizo que no hubiera templo en que no se expandieran sus sonidos, muy inferior en calidad y riqueza, para el que, no obstante, escribieron algunos autores esclarecidos; baste decir que Franz Liszt tenía uno de estos instrumentos en su salón de Weimar, los que no fue bastante para evitar el disgusto que esta clase de ins-

trumentos sucedáneos producían al P. Ayarra.

A pesar de la leyenda de Bécquer “ Maese Pere el organista” que, como es sabido, se desarrolla en el convento de Santa Inés, y de varias tentativas, algunas largas en el tiempo, estos instrumentos, por lo visto, solo son apetecibles para las bodas, como se ha podido comprobar en el magnífico órgano barroco español del siglo XVIII de la parroquia de El Divino Salvador, el cual es víctima de su emplazamiento en suelo hispalense, y digo víctima porque se ha restaurado la gigantesca fábrica de esta iglesia, la cripta y el Patio de los Naranjos y ¡oh, casualidad!, este extraordinario ejemplar, que, por si fuera poco, posee algunos juegos (procedimiento para la producción de sonidos de distinto timbre) de los que posiblemente existían en tiempos del gran organista y compositor del XVII, me refiero a Francisco Correa de Arauxo, titular de este monumento sonoro orgullo de la música hispalense, por los que me aventuro a decir que en ellos bien pudo componer el famoso “Todo el mundo en general”. Pues bien, este extraordinario ejemplar ha dejado de solemnizar los cultos de esta antigua colegial con motivo de dichas obras y, una vez realizadas éstas, permanece mudo, dejando ver sólo su magnífica estampa pero incapaz de producir un solo sonido hasta Dios sabe cuándo, y esto, aunque parezca mentira, ocurre en nuestros días, lo que quiere decir que, como nos descuidemos, puede correr la misma suerte que el gigantesco Monumento que el Jueves Santo se colocaba en la Catedral para la reserva del Santísimo en los Oficios de Semana Santa, porque en estos tiempos de tantas y necesarias restauraciones nos encontramos con este triste resultado que da la razón al dicho que se refiere a lo” poco que dura la dicha en la casa del pobre”. Esta mención de la inactividad de esta extraordinaria pieza histórica, la hago cumpliendo, aunque bien tarde, el deseo que algunas veces me manifestara el P. Ayarra aquí, en esta misma Academia.

El resultado de estos momentos tan difíciles para el llamado por muchos Instrumento rey no tenía más remedio que dar lugar a la falta de interés de los sevillanos que, prácticamente, sólo tenían ocasión de escuchaban las obras propias de su repertorio en las grandes fiestas litúrgicas, interpretadas por sus titulares que, según costumbre, eran prez y honra de la música de la nación. Pero esto eran en contadas y, como entonces no se celebraban ni existían conciertos en la iglesia, no había forma de familiarizarse con esta clase de música, porque aquí sí se cumplía el pasaje cervantino de “con la iglesia hemos topado, Sancho”, y esto hasta el punto de que, con las debidas reservas, fueron contadas las ocasiones en que se pudo escuchar al margen de las celebraciones religiosas porque, aún la música destinada al culto, si no se

ejecutaba en el transcurso de una ceremonia tenía que hacerse fuera del templo. Seriedad ésta que no admitía ninguna clase de privilegio, de la que no se pudo librar el mismísimo Miserere, de Eslava, cuyo ensayo general hubo de hacerse en distintos lugares de la ciudad, a pesar de que de manera extraordinaria los asistentes, con su entrada, contribuían al mantenimiento de la Sdad. Sevillana de Caridad, razón ésta por la que le estaba vedada su celebración en un recinto sagrado.

Este rigor hacía imposible que los sevillanos mantuvieran contacto con el instrumento catedralicio. puesto que las contadas veces en que éstos sonaron al margen de la liturgia lo fueron a puerta cerrada o en horas en las que sus inmensas naves eran menos frecuentadas, como ocurriera en la primera mitad de la pasada centuria con motivo de la visita de los académicos franceses Bergson, Samy, Perrier Paris y Charles Widor, una de las grandes figuras que mejor escribieron y llevaron a tan gran altura al órgano romántico. Los ilustres visitantes fueron acompañados por los capitulares Eduardo Torres y Elústiza, quienes subieron a la alta tribuna donde entonces se hallaban emplazados los teclados, en los que realizaron una audición fuera de lo común si atendemos a la categoría de los intervinientes, a la que puso colofón con una de sus universales Sinfonías el gran artista galo.

De este celo por mantener el templo al margen de lo que no fuera estrictamente litúrgico no puso escapar el mismísimo Congreso Mariano Hispanoamericano, en el que estuvo presente el órgano, pero en otro recinto, el de las Galerías Extranjeras de la Exposición Iberoamericana, el órgano construido por la Casa Eleizagaray y Cia, que comprendía 3.000 tubos, con destino al madrileño Templo Nacional de Santa Teresa de Jesús, audición que estuvo a cargo de parte de lo más esclarecido en la composición de música religiosa de la nación: los PP. Nemesio Otaño, Norberto Almandoz titular de la Seo sevillana y Zubizarreta.

Este era el panorama que se encontró nuestro llorado compañero al tomar contacto con esta ciudad, con la que adquirió un compromiso serio y constante en los diversos frentes en los que le fue posible trabajar a partir de su nombramiento de organista titular de la Catedral de Sevilla, desde donde comenzó una labor desconocida hasta entonces como fue la de acercar el órgano a los sevillanos a través de los conciertos que, si en un primer momento estos fueron acompañándose a las conmemoraciones sacras, históricas y artísticas de la Archidiócesis y la ciudad, después serían seguidas de los Ciclos de Cuaresma, que patrocinaba la Real Maestranza de Caballería que, con el tiempo se hicieron necesarios, hasta el punto de llegar a contar con una asistencia

muy numerosa que alcanzó cierto conocimiento del instrumento y de las obras que eran interpretadas, pues el P. Ayarra, que también era dueño de precia- das dotes oratorias y pedagógicas, al mismo tiempos que formaba informaba siendo capaz de mantener el interés de los presentes hasta el punto de llegar a hacer clásicas estas audiciones en nuestro primer templo. Este enriquecimien- to de los asistentes fue a más, ya que con el tiempo al órgano le sumaría otro instrumento distinto para dar más variedad al conjunto de estas actuaciones; en estos conciertos, que fueron muchos y variados, como acabo de relatar, no sólo fue posible escuchar las grandes concepciones de los repertorios de las distintas épocas, sino también comparar el órgano con otros instrumentos de distintas sonoridades, como algunos solistas de cuerda, de viento y de madera, sin olvidar la voz humana.

Al interés por atraer el público a la música, y a la munificencia del Marqués de la Puebla de Cazalla debe Sevilla el magnífico y precioso órgano con que coronó la restauración del Hospital de los Venerables, con lo que lo que ésta no pudo ser más completa. Hay que tener en cuenta que aquí no había instrumento alguno que restaurar, puesto que no existía; por lo que el mérito de este mecenas hispalense ha sido aún más importante al acometer la cons- trucción de un órgano de nueva traza de esta importancia del que, desde su inauguración, ostenta la titularidad el P. Ayarra , y desde cuya tribuna alterna su labor cultural y artística.

Quiero dejar constancia de un hecho de no poca importancia como fue que ambos instrumentos, tañidos por tan expertas manos, han sido vehículos para dar a conocer, a veces con categoría de estreno, las composiciones del in- signe compositor sevillano Manuel Castillo, que no pocas veces llevan algún jirón del alma andaluza.

Aún le quedaría que ofrecer a Sevilla otro servicio aún más duradero cual es la formación de una pléyade de alumnos formados concienzudamente en su cátedra en el Conservatorio de Música, la cual nació sin que se hubie- ra tenido en consideración la importancia que éste instrumento tenía bien es verdad que no eran tiempos para muchas tocatas: en primer lugar en el enri- quecimiento espiritual y en la formación de la sensibilidad de las personas que en tan gran número asistían a los cultos religiosos en los que se daba tanta importancia a la música que ésta acompañaba al hombre en todos los momen- tos o fases más importantes de su vida: El nacimiento, al que en los primeros días de su existencia sucedía el bautismo; La primera comunión, el bautismo , casamiento y en las postrimerías la misa funeral, que podía ser recordada anualmente, Pues bien o como puede verse, la música acompaña o está pre-

sente en todos los momentos esenciales en la vida del hombre, la cual podía producirse bien por el órgano de tubos o, en su defecto, por el armónium, como acabamos de ver. Pero parece ser que todo se ha concitado para acabar con esta riqueza, que realmente lo era cuando este conjunto de factores coincidía en una de estas ceremonias. Don Enrique se curó en salud cuando al preocuparse por la continuidad de la música en la Catedral recogió parte de su temprana y fructífera cosecha al contemplar cómo un alumno suyo, el P. Navascués, ocupaba la plaza de segundo organista de la Seo hispalense.

Aunque parezca mentira, otro de sus muchos méritos fue dar a conocer a un sector más numeroso de público al más osado de los organistas españoles y europeos del XVII, que era tan ignorado que, merced a la nebulosa en que se veían y aún se ven envueltos no pocos aspectos de su vida y obra. hasta se ignoraba su lugar de nacimiento, hecho que hace unos años fue desvelado por el P. Ramírez Palacios, párroco en la ciudad de Marchena que, fruto de sus investigaciones, descubrió la documentación que asevera que, efectivamente, Francisco Correa de Arauxo nació en nuestra ciudad, concretamente en la calle Juan Rabadán, collación de San Lorenzo Mártir.

Volviendo con nuestro compañero de Academia me veo en la necesidad de repetir que tomó sobre sí la necesidad de pregonar a los cuatro vientos la genialidad de este compositor, víctima de la incuria y de un desconocimiento difícilmente explicable, con la publicación de su biografía y la inclusión de algunas de sus piezas en los conciertos que acertaba a ofrecer tanto en nuestra nación como en numerosos países extranjeros, labor que coronó con la dirección de varios seminarios sobre la obra del, en su tiempo, titular del valioso órgano del Divino Salvador, en el que llegó a grabar en disco lo que nos ha llegado de su opus, o sea, “ la Facultad Orgánica”.

Independientemente de esta biografía también su entusiasmo le llevó a exponer el funcionamiento de la música en la Catedral en sus más importantes centurias, las normas por las que ésta se regía así como las diversas clases de instrumentos y personas a cargo de éstos que intervenían en los cultos de esta segunda Roma musical, lo que nos lleva a hacer mención, al menos, de este precioso e interesante librito titulado “La música en la Catedral de Sevilla.

Pero, por encima de todo, el norte de su vida fue la elevación de la música de culto para lo que no ahorró esfuerzos ni consejos, hasta el punto de formar a las monjas de clausura en todo lo concerniente a una correcta realización de las obras que interpretan a diario en alabanza del Todopoderoso, alabanza que, a buen seguro, seguirá y a la que añadirá la suya el gran organista desaparecido para conseguir el más hermoso de los tutti.

***ENRIQUE AYARRA, PROFESOR, CONCERTISTA,
SACERDOTE, COMPAÑERO Y AMIGO***
por D. Juan Rodríguez Romero

Excma. Sra. Presidenta,
Ilmos. Sres. Académicos,
Sras. y Sres.:

En nombre de la presidenta y compañeros de esta Real Academia, es un gran honor para quien os habla ofrecer este Panegírico de elogio y alabanza, recordando a un hombre, grande entre los grandes,

ENRIQUE AYARRA JARNE.

PROFESOR, CONCERTISTA, SACERDOTE, COMPAÑERO Y AMIGO.

Nace en Jaca, Huesca, el 23 de abril de 1937, y muere a la edad de 80 años, tras no poder superar el derrame cerebral que sufrió unos días antes.

A los tres años de edad recibió sus primeras lecciones musicales. A los once finalizó los estudios de piano en el Conservatorio de Zaragoza.

Posteriormente se diplomó en órgano en el Instituto Católico de París donde fue discípulo de Edouard Souberbielle, y, recibió lecciones de Olivier Messiaen.

PROFESOR: fue catedrático de órgano del Conservatorio Superior de Música “Manuel Castillo” de Sevilla entre 1979 y 2002. Su herencia pedagógica: Un número indeterminado de ilustres alumnos, verdaderos profesionales.

CONCERTISTA: Fue organista y canónigo de la Catedral de Sevilla, desde 1961, puesto en el que sucedió a Norberto Almandoz. y organista del Hospital de los Venerables integrado en la fundación Focus.

Ofreció conciertos de órgano en 62 países, tanto en Europa como en América y Asia.

SACERDOTE: a los 23 años, tras pasar por los seminarios de Jaca y Vitoria donde tuvo por profesor de música a Luis Aramburu, al poco de ser ordenado sacerdote, se trasladó a Sevilla de la mano del Cardenal Bueno Monreal, y fue nombrado vicario parroquial de Ntra. Sra. de Consolación, en Umbrete, y de San Vicente mártir.

COMPAÑERO: ejemplar, con personalidad resolutiva y convincente. Fuimos compañeros en el Conservatorio Superior de Música y en esta Real Academia de Bellas Artes de “Santa Isabel de Hungría”. Recuerdo las reuniones en ambos centros: su voz majestuosa y potente, con sus argumentos serios y responsables, era capaz de convencer a todos con eminencia. Su trato era dialogante y colaborador. Afortunadamente, éramos una sola voz junto a la de Manuel Castillo, mi maestro. Existía una admiración recíproca entre ambos, hasta tal punto que, además de haber grabado prácticamente su obra completa para órgano, fue considerado su máximo intérprete, dando a conocer su música por todos los países donde actuaba.

Finalmente, AMIGO: me honro sobremanera de haber tenido la gran suerte de conocerlo. Fuimos grandes y verdaderos amigos, con la confianza más absoluta en el trabajo y en las colaboraciones conjuntas. Siempre con humildad y sumo respeto.

Para terminar, pienso que, estas palabras de Wolfgang Amadeus Mozart, muy bien podrían aplicarse a nuestro admirado “ENRIQUE AYARRA: PROFESOR, CONCERTISTA, SACERDOTE, COMPAÑERO Y AMIGO”:

“La música es mi vida, y mi vida es la música, quien no entienda esto, no es digno de Dios”.

He dicho,